

Nazario

La vida cotidiana del
dibujante
underground



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: «Autorretrato con chulo y serpiente» (detalle), © Nazario,
Centro Andaluz de Arte Contemporáneo, Sevilla

Primera edición: junio 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Nazario Luque Vera, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2612-8

Depósito Legal: B. 10736-2016

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Passeig Sanllehy, 23
08213 Polinyà

1. EL ADIÓS A SEVILLA

UNA HABITACIÓN EN UN PALOMAR

La dueña de la casa de la calle Goya donde alquilé la habitación para pasar el curso había quedado viuda joven con dos hijas pequeñas. Encontró la forma de conseguir dinero para mantener a la familia alquilando dos o tres habitaciones a estudiantes. Para las hijas, que ya eran jovencitas, la presencia de chicos en la casa se había ido convirtiendo en algo tan habitual como si la casa fuera una pensión en la que vivían todos siendo ellas las administradoras. Yo tenía que atravesar el salón de su casa para subir las escaleras que me conducían a la terraza donde estaba mi habitación/palomar.

María Antonia había oído hablar de una casa en la calle Goya donde una madre con dos hijas alquilaba habitaciones. La casa estaba cerca de la de su padre, donde vivía con Juan Moyano, con quien por fin acababa de casarse. ¡Ya estaba harta de tener que coger el camino todas las noches y marcharse a su casa a las once cuando todo comenzaba a animarse en la Cuadra o en cualquier fiesta!

Una noche que volvía tarde a la casa, cuando cruzaba la explanada que rodea el campo de fútbol, descubrí unos movimientos sospechosos de coches dando vueltas y gente paseando. Inmediatamente me di cuenta de que se trataba de un lugar de encuentro entre homosexuales parecido al Prado o los Jardines de Murillo. Los conductores daban vueltas lentamente acercándose a los pa-

seantes, junto a los que paraban si eran de su agrado. El paseante subía al coche si el tipo le gustaba y le ofrecía confianza, o exigía que el hombre bajara para poder verlo mejor y decidirse más tarde. Algunos paseantes ya conocían bien el terreno y sabían de agujeros practicados en tapias dentro de los que poder ocultarse, rincones apartados o matorrales. No tardé en convertirme en un experto y fui conociendo poco a poco a algunos conductores y a muchos de los paseantes; era un avezado conocedor de todos los vericuetos de los alrededores. Aquellas tapias llenas de agujeros tras las cuales se amontonaban los escombros y la basura se convertirían en el escenario perfecto para algunas de las aventuras de mi personaje de cómic Don Juanito el Supermacho.

La habitación que había alquilado en la azotea de aquel chalet era independiente, y allí podría tocar la guitarra sin molestar a nadie. Tenía una ventana cubierta con una tela metálica como una conejera, posiblemente para que no pudieran entrar las palomas, una cama metálica niquelada junto a la que había una misteriosa puerta con cristales opacos esmerilados de color verde claro cerrada con un candado y un pestillo. Decían que tenían ropa allí guardada. Una pequeña mesa camilla cubierta con un tapete rojo oscuro en un rincón junto a la ventana, una mesita de noche, un perchero con varios colgadores y tres sillas constituían el único mobiliario. Yo había guardado bajo la cama mi «magic malet» y la carpeta de dibujos. La funda con la guitarra reposaba sobre una silla o sobre la cama. El Grundig y varias cintas, unos blocs, un plato con barras de ceras de colores, gruesas pilas para el magnetofón, algunos libros apilados, un despertador redondo rojo, una pequeña Yashica, carretes y sobres de negativos, botes de tinta china Pelikan, un cuerpo de muñeca pequeña sin cabeza ni piernas, unos auriculares, un cenicero y una caja de cerillas enorme eran los objetos que normalmente cubrían la mesa. Cuando dibujaba, todo aquello quedaba esparcido sobre la cama y las sillas, y cuando venían visitas, la cama se convertía en sofá y la habitación en sala de estar donde todos se acomodaban para charlar y fumar porros. Yo guardaba todos los avíos de fumar en mi maleta cerrada con un candado: la cajita con el chocolate o el kifí, pipas y cazoletas. En aquella especie de caja fuerte escondía mis diarios, las cartas, las fo-

tos y, en general, todas aquellas cosas personales que quería mantener lejos de la vista de posibles curiosos durante mi ausencia. Allí había continuado pergeñando mis primeros esbozos de historietas que en un principio dibujaba en unas hojas de bloc de papel cuadriculado, para comprar más adelante grandes hojas de papel Guarro en las que comenzaría a dibujar mis primeros cómics.

Despectivamente iría renunciando a aquellos ensayos pictóricos en los que, en ensaladas coloristas, mezclaba las ingenuidades religiosas de Chagall con el perverso erotismo de un Masson en favor de imágenes libertinas sugeridas por los textos de Sade o Bataille, aliñadas con vírgenes, toros y toreros. Dos ambiciosos dibujos quedaron sin terminar. Fueron un serio intento de desarrollar mis dotes pictóricas que quedó abandonado por los cómics.

Aquellas historietas incipientes sobre personajes cotidianos de la vida real nada tenían que ver con los personajes rimbombantes de ciencia ficción que aparecían en las revistas *Drácula*, *Strong* o *Dani Futuro* y sí, en cambio, tenían cierta semejanza con las ilustraciones que acababa de descubrir en una revista americana. Un día me había acercado al quiosco de los jardines cercanos al puente de Triana –también cercano a uno de los tres meaderos públicos más famosos de la ciudad– y había descubierto, entre las pilas de revistas expuestas, una que llamó enormemente mi atención: aquella revista americana se llamaba *MAD*, y nunca la había visto antes. El quiosquero debió de haberlas conseguido de algún soldado de la base americana que se había deshecho de ellas tras haberlas leído. Más tarde, al verla en mi casa, Cristóbal o Rafael me comentarían que aquella era una revista muy popular entre los jóvenes de su país y me traducirían alguna de las historias que me habían interesado y que trataban de drogas, hippies, pasotas, colones y viajes de ácido.

Juan y María Antonia vivían muy cerca y venían a visitarme a menudo para oír música a gusto o fumar porros. Otras veces nos íbamos a pasear y a tomar el aire por los descampados que había detrás de la Cruz del Campo, donde solía haber bastantes grupos de jóvenes fumando porros.

LA SEVILLA DE FINALES DE LOS SESENTA Y EL BAR POSTIGO

Juan y María Antonia formaban un lote inseparable desde el día en que los conocí. El lote se presentaba desde siempre empaquetado en riguroso negro, y ambos se movían al principio en una Mobylette que cambiarían más tarde por una Vespa. Formaban una pareja de sevillanos típicos, señorito estudiante de medicina él y señorita –es decir de profesión sus labores, cepillado de larga melena negra partida en dos por una raya en medio y frecuente limado de uñas, hija de un inspector de policía– ella. Cada uno tenía sus atractivos vistos por separado, pero lo normal era que ambos se presentaran y se despidieran juntos. Juan era guapito, delicado, de cuerpo espigado y modales refinados. Podía hablar de todo y tenía un poco el don de la ubicuidad, además del de la ambigüedad. Su camaleonismo hacía que pudiera desenvolverse como pez en el agua tanto en una fiesta gitana como en una fiesta de maricones; en una boda de folclóricas y toreros o en una reunión de «capillitas» de la Macarena; en un ambiente hippie o en uno de universitarios progres; en medio de la sordidez de unos pequeños traficantes de drogas o presidiendo una tertulia flamenca con ecos de tertulia literaria. Una frivolidad innata y una apariencia de típico señorito andaluz hacían que el aire con que montaba en su Vespa evocara a un estirado jinete sobre un brioso caballo. Tocaba todos los «palos», y era querido y respetado en todos los ambientes. Lo mismo podía trabajar eficientemente de médico anestesista en el Hospital San Juan de Dios que hacer de pinchadiscos en la discoteca Turín. No se cortaba en absoluto presentándose de noche en la cafetería Coliseo, coso de señoritos andaluces, acompañado de un Nazario de larga melena teñida de rojo, ataviado de reina del glamour barcelonés recién «pintarraqueado» por la Gabi, un amigo pintor que se había ensañado con mi cara convirtiéndola en una especie de mezcla de Alice Cooper y Lindsay Kemp, sin que conociera, por supuesto, a ninguno de los dos. Tras aparcar la Vespa en la puerta, entramos ambos en los focos de la refinada cafetería en la que inmediatamente hubo un revuelo de miradas y codazos que para nada intimidaron a los dos atrevidos. Fue un espectáculo inaudito en la rancia Sevilla. Ninguno de mis amigos homosexuales se hubiera atrevido ni siquiera a saludarnos y hubieran huido

apresuradamente al asomarse a la puerta de la cafetería y vernos allí en la barra.

Cualquier personaje medianamente famoso en la ciudad era amigo de él. Moyano no era hippie ni tenía nada que ver con la música (aparte de poner discos en la discoteca Turín), pero era amigo de cada uno de los miembros de la tribu de melenudos que se reunía en las escalinatas del Archivo de Indias o en el Parque de María Luisa, muchos de los cuales eran desertores de la Facultad de Medicina. Gualberto, Antoñito o Julio, del grupo Smash, eran amigos suyos desde hacía años, lo mismo que Silvio. No tenía nada que ver con el teatro pero conocía a todos los actores del TEU, Tabanque, Esperpento, La Cuadra o el TEL de Lebrija, y sin ser flamenco podía saludar a cualquier artista gitano desde Triana, pues era íntimo amigo de Lole, Manuel y toda su familia, hasta el Polígono. Yo conocería de su mano al famoso Joaquín Salvador, cuyo programa musical *Fresa y Nata* sería un referente nacional de la música moderna, surtido por los discos que le proporcionaban los amigos americanos de la base de Morón; a Gonzalo García Pelayo; a Marcos Mantero, que más tarde formaría el grupo Imán; al anticuario librero Antonio Castro, a Pepe Benavides o a Pololo. A cambio, yo lo había introducido en mi cerrado círculo de maricones de Sevilla, que Juan sólo conocía desde fuera. El pequeño círculo que yo conocía adquiriría a los ojos de Juan un valor añadido por ser precisamente mi círculo, pues no le interesaban en absoluto ambientes como el formado por los numerosos mariquitas que se reunían al olor de las hermandades de semana santa, las reuniones literarias de poetas de «Noches del Baratillo», las hermandades rocieras o aquellos más o menos encubiertos pertenecientes a la burguesía sevillana, formada por comerciantes y señoritos terratenientes que podían ubicarse en cualquiera de los anteriores apartados.

Pololo era un moreno guapo de pelo muy rizado y sonrisa abierta y contagiosa, corpulento, bastante bruto, espontáneo, locuaz y buscavidas.

Pololo era uno de esos fumadores de hachís compulsivos a los que la droga apenas si les afectaba. Podía y solía fumar un porro tras otro, surtiendo a todos los presentes, que terminaban flipando mientras él se mantenía muerto de risa, eso sí, pero fresco y lúci-

do. Conchita era su alta, hermosa y complaciente novia. Sus grandes dosis de fantasía la hacían soñar y se montaba películas increíbles que sólo los desconocidos se creían. Pololo tenía una madre mexicana extravagante que vivía sola en la playa rodeada de enormes pastores alemanes para defenderse, decía ella. En alguna ocasión había acompañado a Pololo a visitarla y habíamos permanecido con ella todo el día en su casa. Ella seguía paseando horas por la playa como si nadie hubiera llegado a visitarla. A él también le entusiasmaban los perros, pero a veces parecía descargar sobre ellos algunos ocultos instintos sádicos.

Pololo abrió con Pepe Benavides y Manolo Moreno el bar Postigo, que se convertiría en mi cuartel general nocturno durante las visitas que hacía a Sevilla cuando ya vivía en Barcelona. El bar Postigo fue algo parecido al bar Kike en Barcelona pero sin maricones. En ambos tenía barra libre y podía emborracharme a placer completamente gratis. A veces la borrachera subía de tono, y cuando cerraban el bar tenía que recurrir a la cercana casa de Pepe Benavides y Nani, en la calle Hernando Colón, para dormir, pues me era imposible llegar hasta la casa de Manolo y Paco, donde tenía normalmente establecida mi residencia. El público del Postigo era en su mayoría heterosexual, pero yo, con el alcohol y los porros, no necesitaba sexo, aunque a veces, a la salida del bar, lo buscara a escondidas. Ni siquiera mostraba curiosidad por asomarme al bar El Quijote, que estaba en la misma calle, para tomar una copa y ver a los maricones y los chulos que lo frecuentaban. Allí yo no conocía a nadie porque mis amigos homosexuales, discretos y con una doble vida, no frecuentaban aquellos ambientes. No era raro ver por allí al Canónigo aquel de la catedral que un día fuera novio de la Montez y que en alguna ocasión había follado con Alejandro.

Cuando regresaba a Sevilla, me bastaba con tomar unas cervezas en la barra de un bar con Juan y hacer una visita a la casa de Sancha en la calle Lirio para ponerme al día de los secretos, anécdotas y todas, absolutamente todas, las aventuras que habían ocurrido durante mi ausencia. Con Juan dábamos un repaso a todos los amigos, mujeres de amigos, amantes, negocios, tráfico, aventuras y desventuras, enlaces y desenlaces, acontecimientos que aún estaban a punto de suceder, fiestas flamencas y rupturas. Con José

María ocurría algo parecido pero sin truculencias: ligues, ligues y más ligues, en principio suyos, y después alguna aventurilla de algún amigo. El recuento exhaustivo de los ligues de José María resultaba demoledor. «El canto del cisne, un éxito impensable a mi edad, pero se enamoran de uno, ¿qué quieres que le haga yo?», repetía incansable. «¡Es que no doy abasto! ¡Uno detrás de otro!»

Luego venían las reuniones con Manolo Mallén, cuyas historias eran más frescas y divertidas que las de Sancha. Los amigos de Manolo estaban más en la onda de mis amigos de Barcelona y de los personajes de mis cómics. O lo que era lo mismo: los maricones que yo quería retratar en mis cómics estaban mucho más cerca de los amigos de Manolo que los del ambiente rancio que rodeaba a José María. Eran dos formas totalmente diferentes de vivir la homosexualidad: una oculta, disimulada, compungida, de catacumbas vergonzantes que yo había retratado en mi complicada historia del mártir San Reprimonio, como un ajuste de cuentas con la represión; la otra, en cambio, tenía todo el desenfado y la desfachatez de un *Abecedario para mariquitas* o de una *Anarcoma*.

Cuando le contaba a Juan Moyano las aventuras que ocurrían en la Casita de las Pirañas, éste se relamía esperando el día en que le presentara a aquellos amigos y lo invitara a visitar la casa. Y sobre todo a Juan se le hacía la boca agua de curiosidad y morbo cuando un día le conté mi visita a una casa de chulos. La casa estaba por la plaza del Cronista, cercana a la iglesia Ómnium Sanctórum, y la regentaba una mariconesca vieja a la que llamaban la Perlán. En la planta baja, una vez se atravesaba el zaguán, había un saloncito con una mesa camilla en donde había varios chicos jóvenes jugando a las cartas. Unos golpecitos en la puerta, como una contraseña, hacían que ésta se entreabriera dejando ver la cara de un viejo gordo con el pelo teñido de castaño que, tras una rápida y escrutadora ojeada, animaba a pasar a los visitantes con una sonrisa y un saludo histriónico cargado de coba y marrullería. Quique era un cliente asiduo y nos hacía de anfitrión a mí y a Manolo. Una vez en el saloncito nos fue presentando a los cuatro chicos como a «unos amigos», cuyos nombres eran supuestamente falsos. Los chicos levantaron la vista y sonrieron abiertamente mirando a cada uno de los recién llegados. Había varios asientos libres alrededor de la mesa camilla, pero no nos sentamos inmediatamente. La Per-

lán nos condujo a la cocina pretextando que nos iba a enseñar la casa, pero lo que pretendía era hacernos comentarios sobre los chicos y revelarnos detalles íntimos sobre las excelencias y habilidades de cada uno. «Al rubito le va todo, incluso besa muy bien», decía la Celestina; «El de pelo largo y cara de pícaro tiene un pedazo de cacharro así de grande», decía de otro haciendo un gesto con las manos para mostrar las dimensiones; «El pequeño acaba de llegar con el rubio que dice que estudia en su mismo instituto y me ha asegurado que tiene más de dieciocho años pero yo no me lo creo y le he dicho que no me lo traiga más porque puede ser una bomba, y del niño del bigotito qué te voy a contar yo a ti...», terminó diciendo el alcahuete dirigiéndose a Quique. Volvimos a la sala y tomamos asiento. Los chicos bebían refrescos y «la casa» invitó a los recién llegados a tomar unas copas. Como yo era nuevo, todos me señalaban como el más indicado para comenzar las sesiones. Con una mirada señalé al chico del bigotito que seguía jugando a las cartas ajeno a nosotros como los demás. Esta mirada fue suficiente para que la Perlán se levantara dirigiéndose a él mientras yo me encaminaba hacia la puerta de la única habitación en donde había una cama. Entré y el chico me siguió y cerró la puerta con un pestillo. Como nunca había estado con una puta, el estar allí encerrado con un puto resultaba una experiencia inédita para mí y estaba algo incómodo y casi avergonzado al pensar que con mis más de treinta años ya debía mostrar una mayor naturalidad en estos casos. Me senté en la cama observando cómo el chico se quitaba la ropa y aparecía con un hermosísimo cuerpo desnudo y curiosamente empalmado. Yo no me esperaba tal predisposición, y aún me sentí más incómodo cuando no sabía qué hacer con aquel cuerpo que se había tumbado en la cama junto a mí esperándome. A mí aquel joven no me excitaba en absoluto, y aquella situación forzada le quitaba a mi polla el mínimo interés requerido para que pudiera animarse. Aquel chico era muy joven, blando, no tenía pelo en el pecho y carecía de la reciedumbre que me atraía de los hombres. En lugar de lanzarme sobre su polla y chupársela, por ejemplo, o intentar besarla o abrazarla, como si un muro invisible nos separara, comencé a hacerle preguntas a fin de entablar una conversación trivial que hiciera pasar el rato y cumplir así el tiempo reglamentario. En realidad aquella situación me resultaba emba-

razosa y deseaba que terminara lo más pronto posible. El chico se tomó mi actitud como una variante más del diverso comportamiento de los maricones que lo elegían para pasar el rato. Posiblemente su polla tiesa se debió de sentir defraudada al no sentir las caricias que esperaba obtener. Llegamos incluso a excedernos en el tiempo reglamentario, de forma que el Celestino comenzó a dar golpecitos en la puerta diciendo que ya estaba bien, que había pasado tiempo suficiente y que había otros esperando. Dejé sobre la mesita de noche un billete de veinte duros que ya tenía preparado mientras el chico se vestía, y salimos de la habitación. Quique ya esperaba nervioso en la puerta acompañado del chico jovencito. Le entregué a la Perlán sus otros veinte duros por la cama y me marché con Manolo sin ganas de esperar a que terminara Quique. A Manolo no le apetecía ninguno de los chicos.

¡Pero para chulos los del bar que ha abierto la Miguelona al lado de la plaza de San Pedro!, le contaba yo a Juan, sabiendo que despertaría en él una curiosidad tremenda. ¡Un día te voy a llevar!

El bar de la Miguelona estaba atestado de chavales jóvenes y carrozas. Muchos maricones de Sevilla no se atrevían a entrar en él por temor a ser vistos. Hacía años que la Miguelona era amiga mía. Me la había presentado Horacio, mi compañero del colegio salesiano, en Isla Cristina. Viendo a la Miguelona, que así le gustaba que lo llamaran, bajito, con gafas de culo de vaso, con una risita entre inocente y guasona, discretamente vestido con un jersey de cuello vuelto y pantalones de rayas, nadie podía imaginárselo controlando a una pandilla de jovencitos de pueblo que acudían a su bar y luego, cuando se les hacía tarde para coger los últimos autobuses para regresar, se quedaban a dormir en unas literas que tenía montadas en su casa. No duró mucho el bar. A mí este tipo de bares no me atraía en absoluto, y sólo estuve un par de veces en él para saludar a la Miguelona y acompañar a unos amigos de Barcelona. Los chicos jóvenes nunca llegaron a gustarme. Los pelos del pecho necesitan siquiera treinta años para crecer y a mí siempre me atraeron los hombres peludos.

En una de las ocasiones en que volví a Sevilla, Juan me tiene preparadas unas noticias espeluznantes como si fuera redactor de la revista *El Caso*. ¡A Pololo lo habían encontrado con un cuchillo clavado en la cabeza, víctima de un turbio ajuste de cuentas de trafi-

cantes de drogas y mujeres! Durante algunas de mis últimas visitas me habían hablado de la separación de Conchita y Pololo, del alejamiento de éste de sus antiguos amigos, de sus andanzas con la heroína y de sus extrañas conexiones con un grupo de mujeres de las que decían que trabajaban para él. Parecía que sus antiguas fantasías y su afán de aventuras y de ganar dinero fácil habían terminado haciendo de él una especie de perverso mafioso.

También tendría un feo final aquel amigo de Pololo, casi gemelo, pero homosexual. Paquito Cruz era como un calco de Pololo pero con una increíblemente seductora mezcla entre el refinamiento del homosexual con dinero y el campesino curtido. Ambas características eran debidas al hecho de que fue novio durante años del acaudalado artista terrateniente Eloy Robledo. José M.^a de Sancha contaba que Eloy y él habían estudiado Bellas Artes juntos y no hablaba bien de él ni como persona ni como pintor. Ambos pertenecían a familias acomodadas de pueblo, aunque la de Eloy era más rancia que la de José M.^a y poseía una antigua mansión en Sevilla y una finca enorme por Jimena de la Frontera. Eloy y Paquito vivían casi todo el año en el cortijo y tenían un piso en una zona residencial de Sevilla en cuyo salón, emulando a la condesa de Lebrija, había hecho instalar un antiguo mosaico romano traído de no se sabe dónde. Pololo, a pesar de su innegable atractivo, nunca me había gustado, sin embargo Paquito, seductor, al que le encantaba mariposear y ser deseado, era una pieza codiciada de la que andaba detrás desde hacía tiempo. Yo dormiría en su casa porque Eloy estaba ausente y no recuerdo cuál pudo ser la razón para que Paquito se ausentara de la casa justo aquella noche en que habíamos acordado que dormiríamos juntos. Me tuvo toda la noche esperándolo y apareció por la mañana, aún borracho, diciéndome con grandes risas que había pasado la noche con la Chester. La Chester era un conocidísimo maricón, gordo y viejo, que vendía tabaco de madrugada en una canastilla que colocaba en una esquina entre la Campana y la calle Amor de Dios. Era el paradigma de carroza que repetiría montones de veces en mis tebeos. Además de frustrado, me sentí tremendamente humillado mientras oía desternillarse a aquel casquivano contándome su extravagante aventura. Posiblemente se excusara por los efectos de una tremenda borrachera.

Juan me contaba incrédulo, sin saber si había sido por sus coqueteos con el caballo y sus intentos por desengancharse una y otra vez o simplemente por aburrimiento, que el guapo Paquito Cruz se había pegado un tiro en la cabeza con una escopeta en la finca aquella en la que vivía con el novio.

M.^a ANTONIA Y PURITA BRAGA DE JIERRO

María Antonia era el complemento de Juan Moyano. Él la sacaba de casa de su padre, la llevaba de un lado para otro y la volvía a depositar bajo el techo paterno. Pasaron muchos años de desesperación cuando la arrancaba de las fiestas porque se hacía tarde y tenía que estar en su casa antes de las once. Juan la llevaba a casa de su padre, y él se volvía de nuevo a las fiestas. Cuando nos reuníamos nos pasábamos las horas tirados en las camas de casa escuchando flamenco o en los bares jugando a la máquina del millón mientras nos atiborrábamos de cervezas. El día que consiguió que su padre le permitiera casarse con su novio, aunque tuvieran que continuar viviendo en la casa del padre, María Antonia pudo por fin continuar disfrutando de las fiestas y salones hasta última hora. Nos pasábamos las noches apalancados en la Cuadra de Paco Lira, cercana a mi habitación/palomar, escuchando flamenco y esperando la llegada de algún artista famoso borracho que nos proporcionara el gran espectáculo soñado. Chocolate, Antonio Mairena o un Bambino histriónico, acompañado de su pandilla de primos y novios, podían justificar nuestra asidua perseverancia en la mesa que Paco tenía allí permanentemente reservada para nosotros.

Mari era como un enorme gato negro que se arrellanaba inmóvil en cualquier rincón sin abrir la boca y sin parpadear, pendiente del menor gesto o el más sutil susurro. Una pequeña nariz pegada en mitad de la cara enmarcada por una larga melena negra partida en dos por una raya en medio. Cuando se reía los ojillos se convertían en dos paréntesis boca abajo con un pequeño manojito de arruguillas en los extremos, y los labios formaban un amplio paréntesis boca arriba. Su risa –cuando fumaba porros no paraba de reír– era un jijijiji que a veces hasta le provocaba algunas lágrimas. Sus frases favoritas solían ser: «¡Ah, síii, no me digas!», o «¡Mmmh,

qué quieres que te diga...!», y también: «¡Me trae frita!» Una mujer entre cuatro hombres que no paraban de discutir y elucubrar. Ella sólo observaba atentamente, en silencio, con una sonrisa enigmática que no mostraba partido por ninguno de los contrincantes, sin opinar nunca. Tuvieron que pasar muchos años, e incluso separarse del marido, para que consiguiera mantener una conversación fluida, opinar y defender sus posiciones. No obstante sus largos silencios obligaban al interlocutor a continuar expresando la conversación, que a veces terminaba convirtiéndose en monólogo.

Un día comencé a estudiar y modelar la imagen de María Antonia hasta convertirla casi en un estereotipo que no sería mi amiga, sino una chica que guardaba cierto parecido con ella a la que llamaría Purita. Antes de convertirse en Purita, María Antonia apareció en algunas ilustraciones y en un par de viñetas en la primera página de la historia «Sábado sabadete», pero será en la historia «Purita Bragas de Hierro» donde el personaje de chica dependiente del yugo paterno adquirirá toda su relevancia. Utilizaría este personaje para atacar al patriarcado como fabricante de una mujer sumisa, educada para ser una esposa sumisa y una madre eficiente. Comenzaba la historia con un juego anacrónico situándola en una especie de Edad Media en la que el padre, un guerrero medieval, se marcha a la guerra y ordena que le pongan a la hija un cinturón de castidad. Durante toda la historia jugaré con los dos niveles de tiempo: Edad Media y Actualidad, para dar más realce aún al anacronismo de las situaciones. Purita mantiene relaciones durante años con un novio que está loco por follarse con ella, pero Purita no se lo permite. Continuando con el anacronismo, hice que Purita paseara un día por la orilla del río, como una Ofelia enloquecida, cantando «¡Dónde está la llave matarile, ríle, ríle!», cuando un trovador que estaba al acecho la viola presuntamente (la escena de la violación es escamoteada). El día que Purita accede por fin a acostarse con el novio, éste monta en cólera al descubrir que Purita no es virgen y la rechaza. Mi juego de anacronismos y saltos de épocas no tenían en esta ocasión otro sentido que denunciar la reacción del novio. El padre vuelve de la guerra y obliga al novio a casarse con ella, torturándolo mediante la aplicación de electroshocks, y termina la historia con los personajes saliendo ca-

sados de la puerta de la iglesia. En la segunda parte toda referencia a la Edad Media ha desaparecido. Purita está casada y ahora sufre la dependencia de su marido, hasta que, ya al final, comienza a mantener relaciones con un amigo. En esta segunda parte había comenzado a realizar un minucioso retrato a caballo entre los ambientes y amigos de Sevilla y los de Barcelona. Pololo y su mujer, María Antonia y Juan, pero también Pepichek y Rosa, la Camila y Josette, con los ambientes entre progres y hippiosos de Barcelona. Sólo en las páginas de *Los apartamentos La Nave* conseguiré unos retratos de personajes y ambientes tan minuciosamente estudiados como en estas páginas de Purita. Aburrido de esta historia que amenazaba con alargarse demasiado –tenía estudiado el guión de una tercera parte–, me dediqué como en otras ocasiones a embarcarme en otra historia diferente. Purita continuaría padeciendo la dependencia de los hombres, esta vez de su amante, y no lograría zafarse de ellos hasta buscarse un trabajo que la haría finalmente independiente compartiendo un piso con una amiga.

María Antonia se decidió por fin un día a aceptar los insistentes requerimientos amorosos de Tomás. Las relaciones con Juan, en medio del marasmo de amores libres de la época, y el mariposeo de éste con las mujeres de todos los amigos, terminaron siendo aburridas e insostenibles para ambos, y decidieron acogerse a un chanchullo, muy practicado en aquella época de finales de la dictadura, que se llamaba anulación de matrimonio. Ambos ahora continuarían sus andanzas por separado, y Mari se lanzó a la aventura corriendo a reunirse con Tomás en Morón. Tras vivir juntos una temporada ella consigue que el padre le compre un piso en una desangelada urbanización en las afueras de Sevilla, junto al aeropuerto, donde residirá varios años. Ahora Purita es por fin libre y mantiene relaciones con Tomás hasta quedar empachada. Encuentra un trabajo aparentemente cómodo pero totalmente impropio de Puritas de ciudad de provincias: posar desnuda de modelo en la Escuela de Bellas Artes. ¡Jamás habría podido imaginar para mi personaje un trabajo como aquél! Posiblemente tampoco a ella le pasó por la cabeza en ningún momento de su vida que terminaría haciendo con toda soltura y sin el menor prejuicio aquel tipo de trabajo. Pero como ella no era la única en realizar este tipo de trabajos porque allí estaban trabajando desde hacía

tiempo la mujer de Crisanto y Mercedes, la novia de Mateo, a M.^a Antonia no le resultó demasiado extravagante.

De todas estas historias yo me iba enterando a saltos en el tiempo cuando iba por Sevilla cada tres o cuatro meses. María Antonia –hasta entonces muda– se había convertido en una mujer que sabía mantener conversaciones, que opinaba y hacía confidencias. Camino de mis reclusiones en la playa de La Antilla, oía las diferentes versiones de unos y otros y me iba enterando, un poco por encima, del desarrollo de las aventuras de ambos. Sólo Tomás, convertido ahora en protagonista, no hacía el menor comentario sobre su nueva situación de amante. Manolo Ramos, con su flema y su habitual despiste, se enteraba a veces de las últimas novedades en relación con el discurrir de la vida de sus amigos gracias a la gaceta que yo le ponía por delante cuando me quedaba a vivir en su casa.

Cuando me contaron que «mi Purita» había entrado a trabajar en un puticlub de Los Remedios no podía creerlo. Ella decía casi excusándose que sólo estaba allí para servir copas y alternar.

De nuevo había cambiado de piso y se había instalado en una zona más céntrica cercana a la antigua casa de su padre.

Puticlub, putas, maricones, cocaína o caballo era el cóctel en el que se veían inmersas muchas chicas de su clase social en cualquier ciudad de España por los años ochenta/noventa. Trabajar en bares de alterne era algo común en la vida de muchas de las amigas y conocidas valencianas de la época y era un paso previo al consumo de heroína o como consecuencia de éste.

Separada de Tomás, ahora le tocaba a ella, como antes al que fuera su voluble marido, mariposear probando las artes amatorias de algunos amigos. Muchos antiguos amigos y conocidos junto a consumidores y trapicheístas de caballo fueron pasando por su cama. ¡Hasta a mí llegó a abrirme una noche la puerta de su dormitorio, tal vez curiosa por comprobar mi cacareada trayectoria bisexual!

Purita tropezaría un día con Marcos, un pacífico y cariñoso «oso» que trabajaba en la Carbonería de Paco Lira, y con él encontraría cariño y apoyo. Tomás había seguido su evolución un poco perplejo y quizás amándola en la distancia a pesar de mantener unas cortas relaciones con una especie de novia ocasional.